
Dorta, A. (junio, 2026). "Especializar las prácticas: contribuciones desde la Biblioteca Pública bonaerense al debate sobre el resguardo y el acceso a las colecciones (1884-1905)". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 176 – 202.

Título: Especializar las prácticas: contribuciones desde la Biblioteca Pública bonaerense al debate sobre el resguardo y el acceso a las colecciones (1884-1905)

Resumen: Se analizan dos dimensiones particulares del desarrollo de colecciones en la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (La Plata), durante el período 1884-1905: de un lado, las medidas y procesos implementados para asegurar su preservación y conservación en el largo plazo; del otro, el diseño e implementación de métodos para el procesamiento técnico aplicado en la elaboración de instrumentos de consulta bibliográfica. Las dinámicas bibliotecarias son comprendidas en relación con un contexto de especialización que condujo a precisar los primeros lindes conceptuales y prácticos de una disciplina en incipiente emergencia y, al mismo tiempo, como contribuciones de relevancia a la formación de ese espacio de debate profesional. A manera de cierre se enfatiza la trascendencia de la modernización operada en la Biblioteca platense, no sólo para el progreso de la misma institución, sino también para el avance de una disciplina naciente.

Palabras clave: Biblioteca Pública, Buenos Aires, La Plata, Argentina, colecciones de bibliotecas, conservación de documentos, procesamiento de la información.

Title: *Specializing practices: contributions from the Buenos Aires Public Library to the debate on the preservation of and access to collections at the end of the 19th century*

Abstract: *Two particular aspects of collection development at the Public Library of the Province of Buenos Aires (La Plata) are analyzed during the period 1884-1905: on the one hand, the measures and processes implemented to ensure their long-term preservation and conservation; on the other hand, the design and implementation of methods for technical processing applied in the development of bibliographic reference tools. Library dynamics are understood in relation to a context of specialization that led to the definition of the first conceptual and practical boundaries of an emerging discipline and, at the same time, as significant contributions to the formation of this space for professional debate. In closing, the importance of the modernization carried out at the La Plata Library is emphasized, not only for the progress of the institution itself, but also for the advancement of an emerging discipline.*

Keywords: *Public Library, Buenos Aires, La Plata, library collections, document preservation, information processing*

Especializar las prácticas: contribuciones desde la Biblioteca Pública bonaerense al debate sobre el resguardo y el acceso a las colecciones (1884-1905)

Ayelén Dorta ¹

Introducción

En el ámbito de las bibliotecas, la formación de colecciones plantea un problema fundamental por los criterios y métodos elegidos para la ordenación y la consulta de los materiales en el corto y en el largo plazo (Rabot, 2009). En este sentido, su elaboración requiere —junto a otros aspectos como el establecimiento de criterios de reunión, y la definición de circuitos de selección y adquisición— arbitrar medidas para la preservación y conservación de los fondos, y procesos para su sistematización. En el siglo XIX, las formas tradicionales de encauzar el desarrollo de colecciones bibliotecarias experimentaron interesantes transformaciones movilizadas por un cambio de escena que puede sintetizarse en tres aspectos.

Primero, en Argentina, así como en otros países latinoamericanos y europeos, las bibliotecas institucionales —y en particular las centrales de carácter oficial— experimentaban una sensible apertura de sentidos que dejaba de ligarlas de forma casi exclusiva o primordial a las funciones de conservación patrimonial, para asociarlas de forma estructural a los requerimientos de producción de conocimientos de una cultura científica (Aguirre y Salvatore, 2018; Bruno, 2005; Buchbinder, 2012; Caldeira, 2009; González, 2010; Planas, 2023a, 2023b; Murillo Sandoval, 2024). Los espacios se prepararon para recibir a concurrentes letrados, de clases altas y mesocráticas, para quienes buscaron poner a disposición una masa compleja y creciente de materiales librarios, hemerográficos y, entre otros, documentales, con los que pudieran trabajar en la producción de nuevos escritos, o bien mantenerse al día respecto de las últimas novedades y discusiones

¹ Licenciada en Bibliotecología y Ciencia de la Información por la Universidad Nacional de La Plata, alumna del Doctorado en Ciencias Sociales y docente en la carrera de Bibliotecología en la misma casa de estudios. Cursó su formación de posgrado con una Beca Interna Doctoral de CONICET, radicada en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET). Contacto: ayelendorta@gmail.com

intelectuales. Segundo, ante la oferta inelástica de trapos de algodón y lino, se desarrollaron métodos de fabricación más accesibles, que posibilitaron el empleo de maderas como materia prima y la producción de pasta de madera mecánica y química. La transformación técnica del proceso de producción del impreso ocasionó tanto un empeoramiento general en la calidad del papel, como un crecimiento inusitado en la circulación de todo tipo de materiales escritos (Badoza y Belini, 2013). Tercero, se produjo una alteración fundamental en la modalidad de acopio de impresos y manuscritos: mientras que las colecciones más voluminosas y de más alto valor patrimonial eran tradicionalmente reunidas y conservadas por particulares que las ponían a disposición de reducidos grupos intelectuales, en el fin del siglo XIX gran cantidad de esos acervos personales pasaron por compra o donación al ámbito institucional. Desde luego, esto supuso una serie de novedosos problemas relativos a las formas de resguardo y acceso (Aguirre y Salvatore, 2018; Buchbinder, 2012; Parada, 2009; Swiderski, 2015).

En su conjunto, las dimensiones que promovieron este cambio de paisaje se tradujeron en una amalgama de problemas bibliotecarios renovados, que al mismo tiempo impulsaron un nuevo movimiento de reflexión e incipiente profesionalización. Se requirieron sistemas de organización, localización y acceso ágiles, institucionalizados, y funcionales a necesidades informativas progresivamente especializadas, que debieron atenderse con un corpus impreso en expansión. Hubo que diseñar mecanismos preventivos y de reparación contra el deterioro de fondos que empeoraban sus condiciones físicas, al mismo tiempo que aumentaban su exposición al uso. También fue preciso atender a las dificultades del almacenaje unificado de colecciones antes distribuidas en reservorios particulares, las cuales en muchos casos ingresaron con signos de daños materiales e incluso plagas que ponían en peligro la integridad de los acervos (Macedo y Caldeira, 2016; Chartier y Hébrard, 2005; Parada, 2009).

Frente a esta coyuntura, nos interesa recuperar en profundidad las intervenciones articuladas por una de las escasas bibliotecas centrales de la Argentina decimonónica: la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires con sede en La Plata. Creada en 1884 a consecuencia de la nacionalización de la primera Biblioteca Pública bonaerense que fundó Mariano Moreno en 1810, la institución

platense participó de forma activa en las discusiones nacionales e internacionales que forjaron la incipiente emergencia de un campo bibliotecario, evidenciado en una voluntad incipiente de estructurar un espacio del saber y un objeto de estudio distintivos, con aspiraciones técnicas y científicas (Bourdieu, 2002; Planas, 2019). Atenderemos a las dinámicas desplegadas entre la inauguración en 1884 y el pasaje de la Biblioteca al ámbito de la Universidad Nacional de La Plata, en 1905. Ello conduce a recuperar las gestiones de cuatro destacados dirigentes del entresiglos: Francisco Pascasio Moreno, director del interregno en que la Biblioteca funcionó junto al Museo General de La Plata (1884-1887), Augusto Belín Sarmiento (1887-1891), Clodomiro Quiroga (1892-1898) y Luis Ricardo Fors (1898-1905). De modo particular, nos interesa inquirir por las actuaciones que hicieron de unos conjuntos bibliográficos y documentales, colecciones habilitadas para la consulta pública, además, por la manera en que esas intervenciones participaron de las discusiones sincrónicas involucradas en la sofisticación del trabajo bibliotecario. En un primer momento, atenderemos a las gestiones emprendidas para garantizar un acceso continuado a materiales siempre en peligro de deterioro, pérdida, o extravío. En un segundo momento, analizaremos los procedimientos técnicos debatidos e implementados para facilitar la navegación por unos fondos crecientes y diversos, a los que se debió asignar una ubicación física práctica y coherente, y para los cuales fue preciso crear instrumentos de consulta ágiles y precisos.

Ante la ausencia de fuentes indispensables al efecto, como son los catálogos bibliotecarios diseñados por las sucesivas direcciones, emplearemos una variedad de fuentes históricas entre las que se cuentan obras completas, y registros fragmentarios y dispersos. Entre las primeras se destaca, como referencia prioritaria, el manuscrito inédito *Tratado de Biblionomía* (1905), escrito por Fors a la manera de manual teórico-práctico para el trabajo en bibliotecas.² Entre las segundas, incluimos guías para el desarrollo de catálogos e informaciones de distinto orden difundidas en el *Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires* (1899-1905), también expedientes y legajos administrativos del período, archivos

² El manuscrito original se conserva en las Salas Museo de la actual Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. Referencias presentes en el texto permiten inferir que su escritura concluyó en 1905, aunque la fecha debe considerarse como tentativa y no confirmada.

institucionales y, entre otros registros, prensa periódica de la época.

Artificios contra el deterioro

Lejos de disiparse a causa de la ampliación conceptual que dejaba de vincular a las bibliotecas oficiales exclusivamente con la función de conservación patrimonial, las preocupaciones por el resguardo de los acervos se intensificaron visiblemente a fines del siglo XIX.

Si era inevitable la dificultad para el cuidado de un caudal de publicaciones inexorablemente creciente y de calidad en declive, las bibliotecas no pudieron menos que procurarse antídotos contra la reducción física de sus acervos. Una de las medidas más corrientes fue instalar talleres de encuadernación al interior de cada establecimiento, algo que permitía reducir costos y acelerar procesos de encuadernación de los impresos que por su misma naturaleza ingresaban como hojas sueltas o apenas adheridas. Otra, sugerida, por ejemplo, en el Congreso Nacional de Bibliotecarios llevado a cabo en París durante el año 1900, fue solicitar a los Estados nacionales su intervención reguladora para que las bibliotecas oficiales sólo incorporaran a sus anaqueles impresos de probada calidad material (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1901, pp. 1-3). Por lo demás, en la inmediatez cotidiana, cada biblioteca procuró atender a la necesidad de protección de colecciones en riesgo con paliativos y medidas de conservación y preservación desarrolladas *ad hoc* (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1901, 1903; Swiderski, 2015). La Biblioteca Pública de La Plata fue escenario donde todas estas dificultades se hicieron presentes, y desde el cual se procuraron soluciones concretas que, en diálogo con desarrollos internacionales, constituyeron aportes profesionales innovadores.

Entre la fundación y el año 1898 los avances en este ámbito fueron escasos, pero la preocupación se mantuvo en aumento. En 1885 Moreno lamentaba que las colecciones de la Biblioteca no pudieran entregarse al servicio público porque, antes de hacerlo, era preciso encuadernar una importante proporción y disponerla en anaqueles apropiados (Ministerio de Gobierno. Oficina de Estadística General, 1885). Todavía en tiempos de Quiroga esa situación había sido atendida sólo con soluciones parciales y de restringido alcance. No tenemos suficientes registros que

informen de las gestiones de Belín Sarmiento en este campo, pero el hecho de que propusiera y lograra la creación de un taller de encuadernaciones —de duración incierta, pero definitivamente efímera— es expresión evidente de que mantuvo intereses en la materia (Belín Sarmiento, 1888; Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900). Distinto es el caso de Quiroga, cuya gestión estuvo colmada de pedidos y reclamos por recursos con que atender al resguardo de los fondos. Frente a la ausencia de un presupuesto mensual, negoció mes a mes partidas para gastos específicos. En sus intercambios con el Ministerio de Obras Públicas —organismo del que dependía—, la conservación de los fondos se convirtió en uno de los tópicos más recurrentes. En 1891 informaba que “en la resolución superior de 10 de mayo último (...) se omitió espresar [sic] que de esa suma [un dinero especial asignado a la Biblioteca] debía costearse, entre otras necesidades, la encuadernación de colecciones de diarios, y de otras obras que se hallan en mal estado” (AHPBA, MOP, 1891, Exp. 108, Arch. 4031).³⁴ Ese pedido tuvo una respuesta favorable, que permitió operar sobre algunas de las “obras más importantes” para impedir su total deterioro, pero solicitudes de idéntico tenor se repitieron con una frecuencia que impedía cualquier solución de fondo (AHPBA, MOP, 1891, Exp. 108, Arch. 4031; AHPBA, MOP, 1893, Exp. 11, Arch. 4035; AHPBA, MOP, 1894, Exp. 66, Arch. 4491). El apremio fue tal que Quiroga se vio en la necesidad de confeccionar una lista de los 101 volúmenes en peores condiciones, que, según relataba al ministro, “necesitan componerse ó [sic] encuadernarse de nuevo á [sic] fin de evitar sean destruidas por la polilla (...) y para que presten el servicio á [sic] que se destinan, pues en su estado actual ni es posible consultarlas ni conservarlas en buen estado” (AHPBA, MOP, 1895, Exp. 30, Arch. 5180).⁵ Como solución inmediata, pedía que ese conjunto menor fuera restaurado y encuadernado en los talleres del Museo. No obstante, ponía de relieve que muchas otras obras estaban en las mismas condiciones, circunstancias que reclamaban: mayor dinero destinado al efecto, un encuadernador que se desempeñara exclusivamente en la Biblioteca, mobiliario adecuado, y la disposición

³ Las siglas AHPBA hacen referencia al Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, mientras que MOP a Ministerio de Obras Públicas.

⁴ De aquí en más utilizaremos las abreviaturas “Arch.” en referencia a “archivo”, y “Exp.” para aludir a “expediente”.

⁵ En un trabajo en curso sobre las colecciones que efectivamente integraron el acervo de la Biblioteca, se profundiza en el análisis de esta selección bibliográfica.

de un espacio físico que impidiera la pérdida de materiales a causa de fenómenos naturales como la ausencia de claridad y la excesiva presencia de humedad, que afectaban a todos los impresos y en particular a los producidos a partir de pasta de madera mecánica y química (AHPBA, MOP, 1895, Exp. 30, Arch. 5180; Quiroga, 1898). Los 101 ejemplares se restauraron en el Museo, y esa fue una de las mayores conquistas de un director que, pese a su insistencia, no obtuvo recursos para la instalación de un taller, ni para cualquier otra reparación definitiva (*El Día*, 1897; Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Obras Públicas, 1894-1895; Udaondo, 1896).

En este aspecto el nuevo cambio de gestión fue acompañado de un salto cualitativo. El estado de situación que describió Fors a su ingreso en 1898 era alarmante. Las colecciones adquiridas por sus antecesores, como la perteneciente al expresidente Nicolás Avellaneda o la reunida por el bibliógrafo Antonio Zinny (Dorta, 2025), todas de enorme valor patrimonial, bibliófilo, bibliográfico y económico, corrían riesgo de pérdida por una plaga que se extendía agresivamente, y por las condiciones generales de guarda y uso (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900). De forma paulatina, pero constante, buscó respuestas integrales a estos problemas, contemplando una dimensión reparadora y otra preventiva.

Lo primero fue conseguir la “inmunidad de las colecciones (...) infectadas de gusanos, de toda clase de insectos y de telarañas” (Fors, 1905), y detener “los estragos de la polilla, que, desde hace muchos años, ha invadido los libros y papeles” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 3). Se revisaron los acervos y se identificó la razón fundamental de los daños:

una de las causas principales, sino la principal, de este perjuicio, fue la compra de la biblioteca que perteneció al doctor Larsen, y cuyo estado era deplorable cuando fue traída a La Plata. El mal adquirió grandes proporciones (...). Las consecuencias no se hicieron esperar y puede decirse que son hoy contados los estantes de la Biblioteca Provincial que no han sido atacados en gran escala por la polilla (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 3).

Hasta tanto se pudiera avanzar en el aniquilamiento de la plaga, Fors procuró, cuanto menos, dificultar su desarrollo. A partir de la lectura del clásico

Biblioteconomía ó Nuevo manual completo para el arreglo, la conservación y la administración de las bibliotecas (1865), del librero y bibliógrafo Leopold Auguste Constantin, y luego de la consulta personal al químico L. De Marco, resolvió que la medida más conveniente, ajustada a las condiciones de la Biblioteca Pública, era colgar en los armarios bolsas de algodón impregnado en sustancias insecticidas con capacidad de obstaculizar las condiciones de vida propias al insecto. Atendiendo a razones de economía y practicidad, De Marco confeccionó bolsas con 5 gramos de algodón y 5 centímetros cúbicos de alcohol, timol, esencias de patchouly y de clavos y vetiver en polvo, combinación que “no ofrece un olor nauseabundo y molesto del ácido fénico y de la naftalina y por la duracion [sic] de sus efectos resulta mas [sic] económica que las demás” (Fors, 1905). La medida contribuyó eficazmente a detener el avance de la plaga y permitió proceder “á [sic] ensayar los medios más eficaces para destruir la polilla introducida en los volúmenes y papeles” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 3).

El procedimiento técnico para avanzar sobre esto último inició con la confección *ad hoc* de un aparato para el saneamiento de libros cuya adquisición fue aprobada, por partida especial, con el consentimiento del ministro Saldías (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1899). Calificada por Fors como una “verdadera estufa de desinfección”, la herramienta contaba con dos estantes de alambre para la colocación de los libros a fumigar y una cazoleta en la parte inferior que, puesta en contacto con la llama de una lámpara de alcohol, permitía la evaporación de la materia insecticida encargada de acabar con los bibliófagos (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 3). La principal dificultad fue encontrar una sustancia que actuara sin dañar las colecciones y que, siendo tóxica para los insectos, no lo fuera para los humanos. Se realizaron experimentos con azufre, ácido fénico cristalizado y formoldehido evaporado: el primero causaba daños materiales a la encuadernación de los impresos, el segundo tornaba inhabitable el recinto dado su fuerte olor, y el tercero resultaba excesivamente costoso a causa del material que se perdía hasta llegar a la evaporación. Una cuarta prueba dio los resultados esperados y se convirtió en la sustancia de saneamiento escogida: el paraformo en pastillas comercialmente denominadas “Formalina” permitió atacar definitivamente la plaga, extinguiendo un

promedio de 30 insectos por libro (Fors, 1905; Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900). Alcanzada la inmunidad de los acervos infectados, se determinaron otras medidas de carácter precautorio. Con objeto de evitar futuras plagas, el empleo de las bolsas de algodón preparadas por De Marco se mantuvo constante, y se decidió que todos los ejemplares pasaran al menos una vez al año por el equipo de desinfección (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900).

De forma complementaria, fue indispensable crear condiciones estructurales favorables a la conservación. En el análisis de Fors, condensado en su *Tratado de Biblionomía* inédito, la creación de un ambiente adecuado requería, además del incontestable aseo, la lucha contra “la humedad, ese otro elemento destructor de los libros, [que] ofrece mayores ó [sic] menores dificultades para combatirlo, según el clima, la localidad y hasta el edificio” (1905). Como medida corriente, proponía un mobiliario que permitiera “tener las estanterías de la biblioteca elevadas unos 20 centímetros del suelo y unos 5 á [sic] 10 centímetros separados de las paredes” (Fors, 1905). Además, ante situaciones de mayor gravedad, un “remedio extremo, muy dispendioso pero eficaz” podía asegurar la impermeabilización del recinto: consistía en empapar las paredes con dos o tres capas de aceite hirviendo y luego cubrirlas por completo con hojas de plano laminado (Fors, 1905). En la gestión diaria, Fors obtuvo resultados que, aunque alejados del ideal, optimizaron ostensiblemente las condiciones de resguardo. Atento a sus reclamos, el poder legislativo provincial accedió a autorizar y costear la confección de estantes para colocar libros que permanecían “tirados en el suelo” y la instalación de “una claraboya para que entren el aire y la luz de que se carece”, medidas que sin dudas contribuyeron a la formación de un ambiente más seco y ordenado (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1901, pp. 1-3).

La prevención del deterioro planificada contempló, además, detalladas descripciones técnicas e indicaciones para diferenciar entre las distintas calidades de papel y encuadernación. Estas consideraciones, aplicadas dentro de los límites presupuestarios, guiaron la adquisición de impresos destinados a la Biblioteca, especialmente al tratarse de obras de consulta y otros materiales sujetos a un uso intensivo. Fors tenía claro que “toda biblioteca bien administrada” debía “evitar á [sic] toda costa el uso de libros á [sic] la rústica y de folletos” (Fors, 1905), pero las

obras de mejor calidad material resultaban, en la mayoría de los casos, inaccesibles, y al mismo tiempo era imposible controlar las cualidades de los conjuntos incorporados mediante canje o donación.

Para asegurar la permanencia de ediciones de menor coste, de los manuscritos y de los periódicos y folletos sin encuadernar, una de las gestiones más relevantes fue la instalación de un taller de encuadernaciones con personal capacitado a cargo. No era una propuesta novedosa, la habían implementado en la Biblioteca y Reparto de Libros en 1877, en la Biblioteca Nacional durante la dirección de Groussac y, como se sabe, en la propia Biblioteca platense durante algún momento indeterminado de la administración de Belín Sarmiento (Groussac, 1967; Lucero, 1910). Amparándose en estos antecedentes, y en la economía que representaba la independencia de establecimientos privados, Fors sostuvo que el único “medio salvador” era la disposición de un pequeño taller de encuadernación propio, “como ya ha existido en otros tiempos, y como existe en todas las Bibliotecas Públicas medianamente bien administradas” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 2). En acuerdo con los argumentos expresados, la Comisión Provincial de Bibliotecas —a la cual estaba jerárquicamente subordinada la Biblioteca Pública— agenció la disponibilidad de los recursos necesarios al efecto, y para 1901 el taller se hallaba en pleno funcionamiento (Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Obras Públicas, 1902). Desde entonces, las instalaciones sirvieron para encuadernar, y extender la vida útil, tanto de los escritos que llegaban sin cubierta, como de aquellos visiblemente deteriorados por el paso del tiempo o el maltrato (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1904, p. 166).

Sobre algunos lotes de los acervos más preciados, muchos inéditos, fuera de circulación y donde las reparaciones posibles en el taller no alcanzaban para asegurar su permanencia en el tiempo, Fors tomó otra decisión preventiva de la pérdida: transcribió y publicó en el *Boletín de la Biblioteca* una serie de “Documentos históricos y literarios de la Biblioteca Pública de La Plata”. Esta medida, utilizada por Groussac en la Biblioteca Nacional y empleada en otras instituciones internacionales de características semejantes (Bruno, 2003; Caldeira, 2009; Fernández Robaina, 1987), no solo servía para poner en valor y dar a conocer entre públicos amplios el patrimonio institucional, sino que también constituía una medida para asegurar la

continuidad de valiosos documentos afectados físicamente por el paso del tiempo (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1905). De esta manera se logró preservar el contenido de manuscritos relativos a los pobladores originarios de América, como la documentación sobre la *Ciudad de los Césares*, reunida y comentada por Pedro de Ángelis en 1836 y, entre otras fuentes, cartas, edictos, relatos asentados en el campo de batalla e informes judiciales que fueran de utilidad para reponer la historia regional, al tiempo que para resolver diferencias sobre límites todavía candentes en el entresiglos (Podgorny, 2011).

En el orden preventivo, sobresale una última consideración contemplada por Fors para el cuidado de los acervos. Pensar colecciones para el uso público implicaba desplegar mecanismos de defensa ante “las personas acostumbradas á [sic] leer de prestado, las que no saben manejar los volúmenes, las que tienen los dedos sucios ó [sic] enfermos” (Fors, 1905). Por ello, al organizar las pautas de convivencia en la Biblioteca, plasmadas en el reglamento institucional, incorporó medidas de cuidado, y sanciones en caso de incumplimiento. Asignó personal permanente a las funciones de custodia, precisó momentos y procedimientos para regular las modalidades de uso, e indicó expresamente que las obras sólo podían “consultarse en la forma conveniente para evitar su deterioro, siendo, en consecuencia, prohibido: escribir sobre los libros, calcar ó [sic] doblar sus hojas, ó [sic] hacerles anotaciones ni señales de ningún género” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 3). Por fin, cualquier uso indebido constituía motivo de sanción y habilitaba la expulsión del recinto de quien hubiera causado daños al patrimonio provincial.

Frente al deterioro progresivo del papel, al vertiginoso aumento de impresos circulantes y a la llegada masiva de acervos privados al ámbito institucional, el diseño de colecciones para el uso se convirtió en un verdadero desafío. A distancia de otras realidades, como la europea, donde los bibliotecarios podían cuanto menos imaginar un Estado regulador que centralizara las compras para sus bibliotecas públicas e incluso que certificara la calidad del papel de los impresos, en territorio platense se atendió a las mismas preocupaciones con las herramientas y los recursos disponibles. Todos los directivos de la Biblioteca Pública exhibieron su preocupación por la permanencia de los fondos, si bien fue la gestión de Fors aquella que consiguió dinamizar una verdadera modernización de las prácticas de preservación y

conservación, gestiones gracias a las que se salvaron colecciones en riesgo, se pudo cuidar el futuro de los nuevos ingresos y, además, se logró generar y difundir a través del *Boletín* conocimientos prácticos para que otros actores e instituciones estuvieran en condiciones retomarlos en el cuidado de las colecciones a su cargo.

Arbitrar modalidades de acceso

Asociada al resguardo, en tanto era (y es) indispensable para evitar el extravío, pero más aún al acceso, la preocupación por los modos de organización de las colecciones adquirió tonalidad propia en la Biblioteca Pública de la capital bonaerense. También en este aspecto la nueva situación administrativa de los reservorios decimonónicos desató fructíferas discusiones alentadas por el objetivo de administrar el salto cuantitativo y cualitativo de los acervos (Balsamo, 1998; Burke, 2002). Entre la bibliografía y las primeras expresiones de aquello que, bajo la etiqueta de biblioteconomía o biblionomía, se definía como una incipiente ciencia del bibliotecario (derivada de la bibliografía pero que atenuaba su impronta), los responsables de las principales bibliotecas argentinas del período finisecular iniciaron la búsqueda de métodos con los que ajustar el funcionamiento de esos espacios según las exigencias del nuevo contexto (Balsamo, 1998; Planas, 2023b). Al debatir sobre las cualidades deseables en un repertorio y sobre las mejores técnicas para su realización, inicialmente se impuso la perspectiva utilitaria de los libreros franceses y el empleo, ante todo, de la herramienta de organización del conocimiento diseñada por Brunet en su *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*⁶. Sin embargo, ya fuera para censurar o celebrar su empleo, aparecían en escena otros sistemas de organización, como los filosóficos, de Fortía d'Urban, Francis Bacon, Jeremy Bentham, Auguste Comte, Herbert Spencer, y el de los enciclopedistas Denis Diderot y Jean le Rond d'Alambert. También, el conocido como sistema científico —en función de su rigurosidad de procedimiento— desarrollado por Melvil Dewey a partir de un esquema decimal de clasificación de los saberes, e impulsado en Argentina por Federico Birabén (Barber, Tripaldi y Pisano, 2002; Darnton, 2013; Planas, 2023b).

⁶ La primera edición fue publicada en 1810, la quinta edición en 1864.

En la Biblioteca Pública platense, a excepción de Moreno —cuya gestión representó un estadio previo a la especialización del espacio, durante la cual los fondos bibliográficos permanecieron sin catálogo ni inventario (Moreno, 1887, 1891)—, Belín Sarmiento, Quiroga y Fors se posicionaron en ese campo de debate con intenciones, enfoques y productos (catálogos, instructivos y escritos de mayor abstracción teórica) entre los que hubo cercanías y distancias, pero que confluyeron en el interés de tornar accesible la información para lectores sin experticia en técnica bibliotecaria.

Belín Sarmiento decidió no dar curso a la organización del fondo hasta que se concretara la anunciada mudanza hacia un local definitivo, que finalmente fueron los altos del palacio Legislativo bonaerense. Concluido el traslado en 1888, inició la ubicación de las colecciones en sus anaqueles y la creación de instrumentos de consulta, acceso y conteo. En los estantes, la colocación fue por tipo de recurso y orden de entrada al establecimiento: libros, revistas, periódicos, folletos, manuscritos y materiales cartográficos se colocaron en espacios diferenciados, que contemplaron la separación de secciones vacías para futuros ingresos. Belín Sarmiento eligió priorizar el mejor aprovechamiento del recinto, “sin tener en cuenta (...) la materia de qué trata” cada obra (Belín Sarmiento, 1888, p. 240), y sin atender a la unidad de origen de ejemplares que habían pertenecido a colecciones personales y desde entonces se dispersaron junto al resto de materiales. Cada ítem impreso o manuscrito fue asociado a una ubicación exacta la cual, a manera de signatura topográfica, incluía los datos de sala, lateral de la sala, número de armario, estante dentro del armario y número de volumen: por ejemplo, la signatura “A, 263-2” designaba la sala A, el costado segundo de sala, el armario sexto, la tercera tabla y el ejemplar segundo (Belín Sarmiento, 1888).

Con fines de conteo y de acceso, se diseñaron tres artefactos: un inventario, un catálogo general de autores y un catálogo de materias. El inventario no era más que un instrumento interno de trabajo donde se asentaban en orden ascendente las referidas signaturas, de modo que el personal de la Biblioteca pudiese “pasar lista de tiempo en tiempo y cerciorarse si se han extraviado obras y averiguar su paradero” (Belín Sarmiento, 1888, p. 241). Por su parte, los catálogos eran instrumentos pensados para el público lector. El catálogo general tomaba como

referencia “un sistema muy nuevo y muy práctico, iniciado en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos” (Belín Sarmiento, 1888, p. 241). Se trataba de un modelo basado en la disposición alfabética de los registros bibliográficos, encabezados por la indicación de autor o entidad como principal punto de acceso, e inmediatamente completados con: demás nombres propios entre paréntesis, título de la obra, cantidad de páginas, tamaño físico del ejemplar, número de edición, lugar de publicación, editor o librero y año de publicación (Library of Congress, 1868). En la Biblioteca Pública esos elementos fueron acompañados de los referidos a ubicación (signatura topográfica), y sobre la matriz original se creaba el catálogo temático. Esto es: la estructura de cada registro era copiada e incorporada en tantas tarjetas de clasificación temática como fuese necesario, de modo que una misma obra podía agruparse bajo materias diversas con tan sólo cambiar el punto principal de acceso y replicar el resto de información en tarjetas individuales. Según registros posteriores de Fors (1905), la clasificación temática a la que adhirió Belín Sarmiento para este procesamiento técnico constaba de 23 clases principales sin subdivisiones específicas:

1. Historia y Geografía
2. Medicina, Cirujía é Higiene
3. Novelas y cuentos
4. Política y documentos oficiales
5. Revistas
6. Numismática
7. Comercio
8. Derecho eclesiástico
9. Juegos y Sports
10. Cronología
11. Diccionarios
12. Lingüística
13. Religión
14. Poesías
15. Filosofía

16. Educación
17. Mitología, Magia, Ciencias ocultas, Espiritismo
18. [término ilegible]. Cuarentena⁷
19. Literatura
20. Matemáticas
21. Franc-masonería
22. Historia natural
23. Bibliografía.

La ausencia de otras fuentes históricas impide cualquier tipo de certeza. No obstante, todo indica que, también en la elaboración de los catálogos temáticos, Belín Sarmiento tomó como referencia el sistema de clasificación de 21 áreas disciplinares utilizado por la Biblioteca del Congreso norteamericana (San Segundo Manuel, 1992). Asimismo, a partir de ese modelo desarrolló una adaptación propia, a fin de que el “sistema abarque todas las extensiones [sic] posibles a que pueda estar sujeta la Biblioteca” (Belín Sarmiento, 1888, p. 240).

Curiosamente, mientras el director avanzaba en esta esencial tarea bibliotecaria, una nota del diario *El Día* ofrecía recomendaciones que, en verdad, sólo resaltaban el acierto de las decisiones tomadas en la Biblioteca Pública, y hasta cierto punto las justificaban. Belín Sarmiento demostró que conocía los últimos desarrollos en materia de organización bibliotecaria, y aun así priorizó la elaboración *ad hoc* de instrumentos que atendían a un criterio utilitario, en lugar de suscribir al empleo de los que se manifestaban como propiamente “científicos”. Por su parte, el colaborador anónimo del diario sostuvo que el mejor catálogo, el diseñado para los lectores y no para el personal de biblioteca, debía “estar distribuido por autores”, dado que los públicos inexpertos “no saben una palabra de clasificaciones científicas (...), no saben ni conocen, agenos [sic] por sus ocupaciones á [sic] toda clasificación ó [sic] método” (*El Día*, 27 de octubre de 1889, p. 1). Con o sin intención, el comentario no solo reforzaba la oportunidad de las medidas adoptadas por Belín Sarmiento, sino que también contribuía a consolidar un criterio que parecía expandirse en el ámbito

⁷ Posiblemente se trataba de materiales infectados, en proceso de limpieza y apartados físicamente.

bibliotecario nacional, según el cual se tendía a considerar como la forma más adecuada de organizar las colecciones y sus instrumentos de consulta —como los catálogos— aquella de carácter estrictamente utilitario (Lucero, 1910; Planas, 2023b).

En esencia, Quiroga acompañó las medidas adoptadas por su antecesor. Mantuvo la disposición física escogida para los acervos, actualizó el mismo inventario de origen a medida que se produjeron nuevos ingresos y sostuvo el catálogo de autores, tanto como el temático. Con todo, observó que en los repertorios existentes “no estaba mencionada gran cantidad de obras”, y que en muchas de las entradas existentes era necesario operar

infinidad de correcciones como estas: hacer constar en cada una la edición de la obra á [sic] que pertenecen, completar muchos títulos incompletos y deficientes, rehacer otras que á [sic] mi juicio adolecían de errores y en fin otros muchos trabajos de clasificación, comprobación de las clasificaciones hechas, etc. (Quiroga en AHPBA. MOP, 1895, Exp. 31, Arch. 5188).

Para subsanar las falencias, inició, junto a uno de los empleados, la revisión íntegra de todos los catálogos, y la corrección de datos erróneos e incorporación de los ausentes. Además, respecto de la taxonomía de clasificación, consideró necesario ampliar con subdivisiones temáticas algunas de las grandes clases, “que antes estaban apenas mencionadas en el catálogo” (Quiroga, 1898, p. 311). A partir del sistema de Brunet, “que es el que está más en uso en las bibliotecas europeas” (Quiroga, 1898, p. 311), revisó las secciones de Historia y Geografía, así como la de Religión. Una vez incorporadas las subdivisiones necesarias, reclasificó y redistribuyó obras “que estaban acumuladas promiscuamente” (Quiroga, 1898, p. 311) bajo categorías excesivamente generales, insuficientes para reflejar los contenidos específicamente tratados.

El avance en estas labores —que el mismo Quiroga reconoció lento por las características de la tarea y las condiciones dadas para su desarrollo— le permitió responder con realizaciones concretas a las críticas recibidas en 1895. Desde *El Tribuno*, su gestión fue objeto de severas críticas, motivadas, entre otros aspectos, por la ausencia de un catálogo impreso y por las deficiencias del que hubiera manuscrito, del cual se señalaba: “es deficiente, notándose, por lo desecho que se

halla, ser el mismo que dejó el anterior bibliotecario (...) sin que el actual director se haya tomado la molestia de hojearlo detenidamente y subsanar las deficiencias” (1895). Un año después, en la memoria institucional de 1896, se informaba que el catálogo por materias estaba completo y que, de sus siete tomos, el primero se hallaba en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios a la espera de su pronta impresión (Quiroga, 1898).

Hasta donde pudimos reconstruir, el repertorio no se preserva en la actualidad, pero sí llegó a manos de Fors, quien lo censuró con dureza. Su llegada, disruptiva también en materia de organización bibliográfica, marcó un claro distanciamiento respecto de Belín Sarmiento y de Quiroga, no sólo por sus consecuencias prácticas, sino, y quizá de manera más decisiva, por el enfoque o perspectiva desde el cual avanzó. Al igual que los directivos previos, Fors buscó dar sentido útil a las colecciones, pero, al hacerlo, se interesó por avanzar hacia un grado de mayor especialización bibliotecaria. Estuvo dedicado a la construcción de un conocimiento que pudiera integrarse al emergente campo de discusiones bibliotecarias, a partir de una articulación propia, aunque configurada en diálogo con las crecientes discusiones internacionales. El producto de su trabajo se conserva en el manuscrito del *Tratado de Biblionomía*, y en los fragmentos de la obra que decidió publicar en el *Boletín de la Biblioteca*.

Coincidente con las reprobaciones de *El Tribuno*, Fors encontró del todo inútil lo hecho hasta el momento en materia de organización bibliográfica. En sus términos: “la ausencia de todo inventario y catálogo serios [sic] dificulta en gran modo la eficacia de la labor que se está llevando á [sic] cabo” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1899). Desde ese punto de vista, inició una transformación radical que implicaba, no una revisión de los instrumentos elaborados, sino desechar lo disponible e iniciar el proceso de cero (*El Día*, 12 de diciembre de 1898). Según afirmó, su “misión capital” —coincidente con la de quienes le antecedieron— consistía en lograr que los instrumentos de orden y consulta brindaran un “servicio fácil y rápido al público” (Fors, 1905). La propuesta tuvo como sustento, por un lado, la revisión y el análisis de bibliografía especializada y de los sistemas de organización y descripción bibliográfica existentes; por el otro, la experiencia de Fors en “algunas bibliotecas y en la del inmenso Archivo de la Casa

y Estados de los duques de Medinaceli” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 6).

Como punto de partida, Fors se situó en un área del saber, “la ciencia de los libros”, que denominó alternativamente como “biblionomía” o “bibliología”, y a la cual definió en los siguientes términos:

no solamente consiste en describirlos [a los libros] con exactitud según sus dos naturalezas extrínseca e intrínseca, sino que además se ocupa de la descripción material de ellos, para ordenar topográfica y prácticamente sus colección [sic]; en su clasificación y división lógica, alfabética y sistemática según sus respectivas materias, procedencias, autores, etc.; en su adquisición, conservación, descarte y uso, tanto público como privado (Fors, 1905).⁸

Desde allí, resaltó la centralidad de los procesos de catalogación y clasificación, en los que profundizó. Pero antes optó por repasar consideraciones básicas sobre la organización en los estantes y el trabajo de colocación. Al momento de la ubicación física de los volúmenes sugirió que

el mejor, mas facil y mas [sic] breve procedimiento para una biblioteca que cuente un número considerable de millares de volúmenes consiste en su colocación ad libitum á [sic] medida de su ingreso en aquella, cuidando solamente de colocarlos en las tablas donde se encuentren libros de igual o casi igual tamaño (Fors, 1905).

Ese criterio de guarda por tamaño y orden de ingreso, efectivamente aplicado en la Biblioteca Pública, no permitía, como lo hacían algunos sistemas modernos, “la reunión de obras de un mismo autor, ni sobre una misma materia, ni de una misma encuadernación ó [sic] de un mismo idioma” (Fors, 1905). A juicio de Fors aquello resultaba innecesario, en cuanto las agrupaciones podían establecerse al confeccionar los catálogos. Mientras las colecciones fueran de acceso exclusivo del personal, y no de estantería abierta, toda organización sistemática en los anaqueles parecía carente de utilidad. A su vez, antes, o a la par, de esta ubicación en los

⁸ Si bien Fors se referencia en los aportes de Constantin como fuente principal para la elaboración de su propuesta, también establece algunas diferencias conceptuales con el autor. Mientras Constantin prefirió el término biblioteconomía para referir a la rama de conocimientos humanos dedicados al trabajo en bibliotecas, Fors prefirió el más abarcativo biblionomía. En su lectura, el término biblioteconomía refiere a la ciencia que se ocupa del cuidado y administración de los depósitos de libros. Por su parte, entiende la noción biblionomía como aquella que abarca tanto a la biblioteconomía, como a la bibliografía, entendida esta última como la ciencia que se ocupa estrictamente de la descripción de los libros (Fors, 1905).

estantes, Fors situó la colación, una tarea que consistía en la revisión íntegra y delicada de cada volumen a fin de asentar sus “peculiaridades extrínsecas é [sic] intrínsecas” (Fors, 1905). Para su realización en la Biblioteca Pública, algo que evaluó indispensable a fin de reelaborar el inventario general, confeccionó fichas especiales cuya estructura ignoramos. Todavía más, en su *Tratado* registró extensas indicaciones sobre las secciones de un impreso de las que tomar los datos necesarios a la colación, y sobre las cualidades materiales de los impresos y las formas de identificarlas para su adecuado asiento. Las cartulinas resultantes debían contener un detalle de lo detectado en la colación y el dato de ubicación (signatura) que, consignado al interior de cada ejemplar para evitar el daño de encuadernaciones, expresaba “no solamente el número que tiene en la ordenación de cada tabla, sino además la sala, estante y tabla en que se encuentra” (Fors, 1905).

Hecho el inventario y asignados los ejemplares a sus estantes, seguía la confección de catálogos: primero tenía lugar la catalogación propiamente dicha, luego la clasificación. Fors describió pormenorizadamente cómo operar en cada caso y sus indicaciones quedaron anotadas en el manuscrito, al tiempo que una síntesis se difundió en el *Boletín*. Para organizar las actividades de catalogación recurrió al bibliotecario alemán Karl Franz Otto Dziatzko, y reprodujo los tres grupos de tareas identificados por aquel: “Primera parte. Elección de la palabra de orden en cada título; Segunda parte. Ordenación alfabética de los títulos; Tercera parte. Ordenación de los títulos que tienen una misma palabra de orden” (Fors, 1905). A su vez, cada conjunto de labores podía presentar situaciones concretas, que Fors diferenció y para las cuales ofreció un total de 42 indicaciones de procedimiento específicas, organizadas según el esquema que copiamos:

Primera parte.

I. Libros con un solo título

II. Libros con dos o más títulos

III. Libros sin título

IV. Libros reimpresos, con títulos distintos en dos o más ediciones

Segunda parte.

V. Orden en relación con los caracteres

VI. Orden en relación con la forma de las palabras

Tercera parte.

VII. Palabras subjetivas

VIII. Nombres personales.

Esas directrices, que aplicó en la Biblioteca Pública, y sistematizó para posibilitar su reproducción tanto allí como en otras instituciones, no tuvieron pretensión de exhaustividad, pero sí aspiraron a cubrir “el mayor número posible de dificultades de catalogación, estableciendo además —con todo el detenimiento y minuciosidad apetecibles—, las reglas adoptadas por los técnicos y eruditos más reputados en el arduo trabajo de la ordenación bibliográfica” (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1900, p. 6).

Elaboradas las fichas de catalogación o descripción bibliográfica según el método descrito, los registros se reproducían para la construcción de tres catálogos: uno alfabético por títulos de las obras; uno alfabético por autores, entidades y todas las menciones de responsabilidad consideradas relevantes; y un último catálogo sistemático por materias. En la confección de este último intervenían los procesos de “clasificación” que tanto ocuparon a los bibliotecarios decimonónicos de distintas latitudes y, entre ellos, al propio Fors. Al explicar su elección en el *Tratado*, presentó una larga digresión histórica que iniciaba en el siglo XIV y se extendía hasta 1900. Allí presentó el avance de los esfuerzos por organizar un acceso temático a los fondos, mostrando cómo se pasó de sistemas estrictamente vinculados a colecciones eclesiásticas —que abarcaban únicamente áreas reducidas, como teología, moral y ciencias—, a sistemas de mayor complejidad, los cuales se hicieron necesarios a medida que surgía la necesidad de cubrir una gama más amplia de especialidades. Llegada la modernidad, cobraron protagonismo el sistema enciclopédico de Diderot y d'Alambert, y los sistemas filosóficos de Fortía d'Urban, Bacon, Bentham, Comte y Spencer. Todos fueron calificados por Fors como “verdadero laberinto” y como “el medio mas seguro de hacer [al catálogo] ininteligible y por consiguiente inútil al mayor número de personas” (Fors, 1905). Más tarde emergió la propuesta taxonómica sostenida en un criterio científico de clasificación, que refutó incluso con más vigor:

separándose de todos los sistemas conocidos y aceptados imaginó Mr. Melvil Dewey una clasificación decimal que á [sic] pesar de sus grandes inconvenientes ha logrado interesar á [sic] muchos bibliófilos, mas [sic] amigos de la novedad que [de] las facilidades prácticas para las clasificaciones y consultas bibliográficas (...).

El sistema decimal de Mr. Melvil Dewey es una acumulación de numeros [sic] para buscar cada materia en un catalogo sistemático, muy propio para ejercicios mnemotécnicos pero muy poco apropiado para facilitar el manejo de un catálogo y la consulta de una biblioteca (Fors, 1905).

Revisados críticamente los principales desarrollos en materia de clasificación, encontró a unos crípticos (enciclopédicos y filosóficos), y a otros desacertados para su empleo en bibliotecas, donde sostenía que eran necesarios instrumentos funcionales a la práctica local y no con pretensiones de normalización o universalidad (clasificación decimal de Dewey). Así, su modelo de referencia fue el sistema ideado por Brunet, también elegido por Paul Groussac para su adaptación a los requerimientos de la Biblioteca Nacional (Barber, Tripaldi, Pisano, 2002). Sin proyectar la futura aplicación en bibliotecas, Brunet, librero francés, había anexado a su *Manuel du libraire* una tabla metódica para la ordenación temática de impresos, convertida en siglo XIX en prototipo empleado por bibliotecarios de distintas latitudes de Occidente. A la vista de Fors, el instrumento presentaba dificultades asociadas a “sus omisiones y no pocas redundancias”,

pero á [sic] pesar de todo Brunet hizo dar un gran paso á [sic] la ciencia de la biblioteconomía y su sistema ha sido justamente apreciado por los hombres competentes y laboriosos, introduciéndose [sic] en él, con el transcurso de los años y á [sic] medida de los adelantos de las ciencias y de las artes[,] modificaciones que han contribuido á [sic] que perdure su adopción por muchos especialistas (Fors, 1905).

Apegándose “más [a] su aplicación práctica y menos [a] las teorías” (Fors, 1905), Fors mismo transformó la tabla de Brunet para su implementación en la Biblioteca Pública. Al hacerlo, contempló cuatro aspectos “de todo en todo esenciales”: la naturaleza de las colecciones; las cualidades y fines de la Biblioteca; las condiciones de la mayoría de los lectores que acudían al establecimiento, y el orden racional que buscaba al interior de cada sección temática (Fors, 1905). El producto consistió en una tabla de 12 secciones con sus respectivas subdivisiones jerárquicas, donde estuvieron contempladas las siguientes grandes áreas:

1. Ciencias naturales, Medicina e Higiene
2. Ciencias Físicas y Matemáticas
3. Artes y Oficios
4. Literatura
5. Geografía e Historia
6. Filosofía y Religión
7. Sociología y Ciencias económicas
8. Jurisprudencia y Legislación
9. Documentos oficiales, políticos y particulares
10. Diarios y Periódicos
11. Cartografía y Láminas
12. Autógrafos y Retratos

La reelaboración no sólo eliminaba redundancias e incorporaba temas ausentes en el modelo de base, además, hacía lugar a cuatro nuevas categorías (de la 9 a la 12), que tanto Brunet como, por ejemplo, Groussac, simplemente apuntaban como formatos específicos al interior del resto de materias (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1904). Este aspecto, que creemos buscaba considerar en su singularidad la clasificación de las colecciones especiales de la Biblioteca, no estuvo exento de críticas tras la conversión de la institución en dependencia universitaria (Palcos, 1934). Pero, independientemente de su posterior devenir, el sistema permitió el procesamiento técnico de todos los ejemplares y la elaboración de un completo catálogo sistemático del cual circularon fragmentos en el *Boletín*, y que estuvo listo para su impresión en marzo de 1903 (Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, 1904).

Adheridos a la preocupación decimonónica por sistematizar y agilizar la consulta de los fondos bibliotecarios, y con conocimiento de los últimos desarrollos en este campo, Belín Sarmiento, Quiroga y Fors se ocuparon de diseñar instrumentos de catalogación y clasificación adaptados a los requerimientos privativos de la Biblioteca Pública. Sin embargo, Fors decidió ir más allá, y trabajó por la especialización de los instrumentos de acceso, mostrando sincronías conceptuales y

distancias procedimentales en relación con sus antecesores. Del mismo modo que aquellos, priorizó la mejor descripción posible para las colecciones existentes, el aprovechamiento del espacio disponible y, ante todo, la utilidad que los productos pudieran reportar a los lectores locales. Desde su alejamiento operativo, en tanto, reformuló todo lo hecho: reglamentó con precisión los procedimientos de inventario y descripción bibliográfica; desarrolló un sistema de clasificación más amplio y preciso; agregó un catálogo por títulos, y también volvió a confeccionar el catálogo alfabético de autores y el catálogo temático. En el transcurso de este largo proceso de concreciones materiales, su interés profesional rebasó la sola realización pragmática: no sólo puso en práctica, sino que también formalizó y difundió un conjunto de saberes sobre el qué y el cómo en bibliotecas, que sentaron las bases técnicas y conceptuales para iniciar procesos de modernización en todas aquellas bibliotecas donde tradicionalmente predominaba la improvisación.

Consideraciones finales

La propuesta decimonónica de colecciones destinadas al uso (y no exclusiva ni prioritariamente al resguardo), y en función de la producción de nuevos conocimientos, produjo una renovación de los clásicos problemas bibliotecarios, que tuvo su expresión propia en la Biblioteca Pública de La Plata. Se intensificó la preocupación por las condiciones de resguardo de unos materiales que no sólo empeoraban su calidad física, sino que también eran sometidos a una manipulación más intensiva. En esta materia, las gestiones de Belín Sarmiento y Quiroga tuvieron materializaciones concretas, aunque de reducido alcance. El traslado hacia el palacio legislativo y la consecución de mobiliario mejoraron las condiciones de guarda, pero no detuvieron el deterioro de ejemplares sin encuadernar, ni la expansión de una plaga ocasionada por el ingreso de ejemplares infectados y por la falta de claridad natural en el ambiente. El cambio sustantivo sobrevino con Fors. En diálogo con las discusiones y los avances transnacionales, profesionalizó las prácticas de conservación y preservación con medidas orgánicas que abarcaron desde la adecuación del recinto, hasta la limpieza química de los acervos y el establecimiento de un taller de encuadernación. El otro gran problema bibliotecario del diecinueve fue el desarrollo de técnicas adecuadas para facilitar un acceso eficaz al creciente y

diversificado universo bibliográfico. En este sentido, durante las tres primeras gestiones institucionales la organización se practicó según rutinas establecidas, aunque con limitada precisión y escaso diálogo con la producción bibliotecaria nacional e internacional. Por su parte, el despliegue impulsado por Fors se materializó en el diseño, registro escrito y ejecución de métodos integrales para el procesamiento técnico de las colecciones. Contempló en profundidad las más minuciosas tareas de descripción bibliográfica, junto a las involucradas en la clasificación temática y en el diseño final de catálogos de consulta y, al hacerlo, se interesó igualmente en la discusión y producción de nuevos conocimientos bibliotecarios con perspectiva nacional.

Antes que ser neutrales, los procesos analizados al interior de la Biblioteca Pública platense, de la misma forma que en la integridad de espacios bibliotecarios, crearon las condiciones materiales para el acceso a saberes establecidos y para la producción de nuevos conocimientos. Asimismo, ello prueba la manera en que la historia de las bibliotecas se presenta como causa y efecto de la formación de una disciplina, la bibliotecaria, que en el cierre del siglo XIX —ceñida a la preocupación por contribuir al robustecimiento de una cultura científica moderna— comenzaba a discutir sus ideas, conceptos y métodos, y mostraba sus primeros indicios de formalización. Desde esta perspectiva, a futuro se hace necesario avanzar en un curso de investigación que repare con mayor énfasis en la relación sincrónica de estos desarrollos respecto de otros paralelos que a nivel nacional e internacional contribuyeron a forjar lógicas de transferencia profesional necesarias para la especialización de las prácticas y los servicios propiamente bibliotecarios.

Referencias bibliográficas

- AHPBA. MOP. Año 1892. Exp. 108. Arch. 4031. Iniciador: Biblioteca Pública. “Sobre el alcance de una resolución”.
- AHPBA. MOP. Año 1893. Exp. 11. Arch. 4035. Iniciador: Biblioteca Pública. “Biblioteca Pública pide ampliación de la resolución de fecha 1 de febrero”.
- AHPBA. MOP. Año 1894. Exp. 66. Arch. 4491. Iniciador: Biblioteca Pública. “Biblioteca Pública solicita fondos”.
- AHPBA. MOP. Año 1895. Exp. 30. Arch. 5180. Iniciador: Biblioteca Pública. “Sobre encuadernación de obras”.
- AHPBA. MOP. Año 1895. Exp. 31. Arch. 5188. Iniciador: Biblioteca Pública. “Biblioteca Pública contesta los cargos formulados por nota fecha 8 del actual”.
- Aguirre, C., y Salvatore, Ricardo D. (Eds.). (2018). *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: Siglos XIX y XX*. Fondo Editorial.
- Badoza, S., y Belini, C. (2013). Origen, desarrollo y límites estructurales de la industria del papel en la Argentina, 1880-1940. *Revista de historia industrial*, 53,109-142.
<https://revistes.ub.edu/index.php/HistoriaIndustrial/article/view/21002>
- Balsamo, L. (1998). *La bibliografía. Historia de una tradición*. Trea.
- Barber, E., Tripaldi, N. M., y Pisano, S. L. (2002). Facts, approaches and reflections on classification in the history of Argentine librarianship. En M. D. Joachim (Ed.), *Historical aspects of cataloging and classification* (pp. 79-105). The Haworth Information Press.
- Belín Sarmiento, A. (1888). Informe y anexos del Director de la Biblioteca Pública de La Plata elevado al Ministro de Obras Públicas. En M. B. Gonet (comp.), *Memoria presentada a la honorable Legislatura de la Provincia* (pp.236-261). El Censor.
- Biblioteca Pública. (11 de abril de 1897). *El Día*, pp. 1, 2
- Biblioteca Pública. (7 de marzo de 1895). *El Tribuno*, p. 1
- Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires. (1899-1905). *Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires*, (Nos. 1-82).
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montessor.
- Bruno, P. (2005). *Paul Groussac. Un estratega intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bruno, P. (2003). Paul Groussac y “La Biblioteca” (1896-1898). *Hispanamérica*, 32 (94), pp. 87-94.
- Buchbinder, P. (2012). *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*. Edhasa.
- Burke, P. (2002). *Historia social del conocimiento: De Gutenberg a Diderot*. Paidós.
- Caldeira, A. P. S. (2009). *A Biblioteca Nacional nos tempos de Ramiz Galvão (1870-1882)*. Río de Janeiro: Fundação Biblioteca Nacional. Ministerio da Cultura.

- Chartier, A. M. y Hébrard, J. (2005). *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Gedisa.
- Darnton, R. (2013). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica.
- Dorta, A. (2025). La Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires en los orígenes de la ciudad soñada (1884-1898). Entre lo ideal y lo real. *Información, cultura y sociedad*, (52),9-34. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/16722>
- Fernández Robaina, T. (1987). Carlos M. Trelles y las bibliotecas. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (La Habana)*, 29, 89-96.
- Fors, L. R. (1905). *Tratado de Biblionomía* [manuscrito inédito]
- González, H. (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional: Estado de una polémica*. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- Groussac, P. (1967). *Historia de la Biblioteca Nacional*. Biblioteca Nacional.
- Informaciones generales. La biblioteca pública. (12 de diciembre de 1898). *El Día*, p. 1
- La Biblioteca Pública. (27 de octubre de 1889). *El Día*, p. 1
- Library of Congress. (1868). *Catalogue of Books added to the Library of Congress*. Washington: Govt. Print. Off.
- Lucero, A. (1910). *Nuestras bibliotecas, desde 1810*. Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.
- Macedo, A. M. C. y Caldeira, A. P. S. (2016). Ramiz Galvão, historiador e bibliotecário: práticas e lugares da produção historiográfica no Brasil de fins do século XIX e início do século XX. *História da Historiografia*, 9 (22), 42-58. <https://www.historiadahistoriografia.com.br/revista/article/view/1123>
- Ministerio de Gobierno. Oficina de Estadística General. (1885). Biblioteca Pública; Antigua Biblioteca Pública; Bibliotecas populares y Periodismo; Museo General "La Plata" *Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires, Año cuarto-1884*, 209-220.
- Moreno, F. P. (1887). Museo La Plata: sus progresos durante el primer semestre del año 1888. En Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, *Memoria* (pp. 3-35). El Censor.
- Moreno, F. P. (1891). El Museo de La Plata: Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo. *Revista del Museo de La Plata, 1890-91*, pp. 27-55.
- Murillo Sandoval, J. D. (2024). *Conexiones librerías. Una historia transnacional del libro en América Latina 1870-1920*. Bogotá-Villa María: UNIANDES-EDUVIM.
- Palcos, A. (1934). Síntesis sobre la fundación y organización actual de la Biblioteca. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, 18(4), 5-36.
- Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. UBA.
- Planas, J. (2023a). Las dos bibliotecas. Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Gonzalo Quesada en los orígenes de la bibliotecología en Argentina. *Anuario*

- IEHS*, 38 (2), 81-104. <https://ojs2.fch.unicen.edu.ar/ojs-3.1.0/index.php/anuario-ies/article/view/1860>
- Planas, J. (2023b). Bibliotecas para la cultura científica: los fundamentos conceptuales de Paul Groussac y Federico Birabén. *Informatio*, 28 (2), 336-365. <https://informatio.fic.edu.uy/index.php/informatio/article/view/421>
- Planas, J. (2019). Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino. *Información, cultura y sociedad*, (40), 53-68. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/5474>
- Podgorny, I. (2011). Fronteras de papel: archivos, colecciones y la cuestión de límites en las naciones americanas. *Historia Crítica*, (44), 56-79. <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/hiscrit/article/view/4243/3486>
- Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Obras Públicas. (1894-1895). Biblioteca Pública. En E. Frers (comp.), *Memoria presentada a la Honorable Legislatura por el Ministro de Obras Públicas Dr. Emilio Frers: 1894-1895* (pp. CXXVII-CXXVIII). La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.
- Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Obras Públicas. (1902). Biblioteca Pública. En *Memoria presentada á la Honorable Legislatura por el Ministro de Obras Públicas Julián Romero* (pp. 61-63). La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.
- Quiroga, C. (1898). Biblioteca Pública. En E. Frers (comp.), *Memorias presentadas por las oficinas dependientes del Ministerio: año 1895-1896* (pp. 308-318). Talleres de Publicaciones del Museo.
- Rabot, C. (2009). La constitution d'une collection en bibliothèque de lecture publique: modalités, contraintes, enjeux. En C. Nédelec (Dir.), *Les bibliothèques, entre imaginaires et réalités* (pp. 87-103). Artois Presses Université. <https://doi.org/10.4000/books.apu.12436>
- San Segundo Manuel, R. (2022). *Teoría e historia de la clasificación bibliotecaria en España: siglos XIX y XX*. (Tesis de doctorado). Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias de la Información.
- Swiderski, G. (2015). *Las huellas de Mnemosyne. La construcción del patrimonio documental de la Argentina*. Buenos Aires: Biblios.
- Udaondo, G. (1896). *Mensaje del Gobernador de la provincia de Buenos Aires Dr. Guillermo Udaondo leído en la Asamblea Legislativa el 1 de mayo de 1896* (pp. 61, 62). Talleres de Publicaciones del Museo.